es el elemento necesario para restablecer la comunión entre Dios y los hombres. Cristo asumiendo nuestra naturaleza, en solidaridad con todos, cumple este acto de amor con su donación total a Dios a favor de los hombres. Paradójicamente, en la cruz, el sentido genuino de la esponsalidad de Cristo es su renuncia al amor humano por amor a la Iglesia (ver p. 144).

La explicación eclesiológica queda para el lector del libro. Pero el argumento gira en torno al carácter de alianza esponsal propia del sacrificio eucarístico, celebrado sacramentalmente por el sacerdote, y a la visión del episcopado como grado pleno del sacerdocio (pp. 145-146).

Pablo Marti

Ettore MALNATI, *I ministeri nella Chiesa*, Paoline («Saggistica Paoline, n. 37»), Milano 2008, 233 pp., 14 x 21, ISBN 978-88-315-3286.

El autor ejerce la docencia en teología dogmática en el Estudio teológico interdiocesano de Friuli-Venezia Giulia, en Italia, entre otras tareas académicas y pastorales en la diócesis de Trieste. Sus publicaciones se han ocupado de diversos temas en los últimos años: teología del laicado, eclesiología, ecumenismo, antropología teológica, etc. Se caracteriza por una buena capacidad de síntesis en la exposición de los temas que aborda. En esta ocasión, su libro constituye una síntesis introductoria a los «ministerios en la Iglesia».

El esquema del libro es sencillo. Mediante el bautismo todos los cristianos han sido incorporados al pueblo de Dios para realizar un ministerio de salvación para el mundo que tiene su origen en la iniciativa de Jesús, como pro-

longación de su misión sacerdotal. El pueblo sacerdotal ejerce ese servicio mediante diversos ministerios en la Iglesia: apóstoles, profetas, obispos, presbíteros, diáconos, diaconisas, etc. El autor examina los datos neotestamentarios referentes a estos ministerios, así como a su desarrollo histórico. Lógicamente, el autor otorga un lugar principal al ministerio de sucesión apostólica, y dedica atención a otros ministerios y carismas que concretan la ministerialidad de la Iglesia. El libro parte de la diferencia esencial entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial, sus relaciones mutuas, así como las formas de servicio que derivan del sacramento del bautismo y, por tanto, diferentes de las que derivan del sacramento del Orden. El autor trata las cuestiones particulares a partir de los datos exegéticos y teológicos más seguros, exponiendo también el magisterio del Concilio Vaticano II y el magisterio posterior. En las cuestiones teológicas todavía abiertas, ofrece un *status quaestionis* actualizado y útil.

José R. Villar

Franz KÖNIG, *Abierto a Dios, abierto al mundo. Por una Iglesia dialogante*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007, 176 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-330-2176-2.

Aunque el Cardenal Franz König figura como el autor del libro, de hecho se trata de un libro póstumo editado por Christa Pontgratz-Lippitt un año después del fallecimiento del Cardenal. A este respecto son muy interesantes las páginas introductorias en las que la autora narra su relación personal con el Cardenal a lo largo de muchos años, su actividad profesional como corresponsal en Viena del semanario católico «The Tablet», y el afecto del Cardenal por es-

ta Revista a la que según Pontgratz-Lippitt seguía con verdadero interés cada semana hasta el final de su vida.

Estas páginas primeras son interesantes, porque narran el modo en que se ha gestado el libro. Nos encontramos ante un libro póstumo, mezcla de recuerdos de la autora y de comentarios del Cardenal, en el que resulta verdaderamente difícil distinguir lo que él dice de lo que se le atribuye. Desafortunadamente, la autora no utiliza las comillas para distinguir lo que es interpretación personal de lo que son palabras auténticas del Cardenal: todo aparece puesto en boca del Cardenal. Si se tiene presente que el Cardenal ni vio ni corrigió estas páginas, parece que lo lógico es leer cuanto aquí se dice desde los otros escritos del Cardenal sobre los que pretendidamente estas páginas serán como el punto y final.

La figura del Cardenal, según se nos muestra en este libro, aparece polarizada por el diálogo; es verdad que fue una de las principales virtudes del querido Cardenal de Viena, pero no la única. También tenía un profundo conocimiento de muchas personas y de muchas otras cuestiones, como se ve por sus anteriores escritos. Y, sobre todo, era un hombre de una gran coherencia de pensamiento y de una gran fidelidad a la Iglesia.

Consecuente con esta polarización del esbozo del pensamiento del Cardenal, el libro viene dividido en los siguientes capítulos: El Vaticano II, momento culminante de mi vida (pp. 27-42); El diálogo dentro de la Iglesia (pp. 43-62); El diálogo ecuménico (pp. 63-94); El diálogo entre cristianos y judíos (pp. 95-110); El diálogo entre cristianos y musulmanes (pp. 111-122); El diálogo interreligioso (pp. 123-132); El diálogo entre los no creyentes (pp. 133-

146); El más importante de todos los diálogos: el diálogo con Dios (pp. 147-156); Tiempo para leer los signos de los tiempos. Religión y cristianismo en el cambio del milenio (pp. 157-174).

Como se puede observar por la paginación de los capítulos, se trata de capítulos cortos, que se leen con facilidad y, desde luego, la pluma bien cortada de Pontgratz-Lippitt hacen su lectura verdaderamente agradable. Otra cosa es que el lector pueda sentirse seguro de estar leyendo el pensamiento del Cardenal en su formulación exacta en temas que necesitan tanto equilibrio y tantas matizaciones.

Así sucede, por ejemplo, en la narración de los acontecimientos que rodean la publicación del libro *Toward a Christian Theology of Religious Pluralism*, del P. Jacques Dupuis. Ya en el prólogo, Pontgratz-Lippitt narra el afecto del Cardenal por el P. Dupuis, algunas de las entrevistas que tuvieron y la prisa que el Cardenal tenía por tener este libro entre las manos. Más tarde, en el capítulo dedicado al diálogo interreligioso, König no escatima elogios para la persona del P. Dupuis y para su obra teológica a la que califica de «fascinante» (p. 130). Es lógico que quien ha tenido como uno de sus principales encargos pastorales el del diálogo interreligioso vea siempre con especial cariño a quienes se muestran más atrevidos en este diálogo. Ya parece menos lógico que en estas páginas no aparezca matiz ninguno ni sobre la cuestión de fondo, ni sobre la dificultad misma de la cuestión en sí. Esta defensa cerrada de Dupuis, casi visceral, parece inconcebible en quien ha escrito libros de tanta altura científica, precisamente sobre las religiones de la tierra. Dice el Cardenal: «Coincido con él incondicionalmente. Por esta razón lo defendí de las acusaciones lanzadas con-

tra él por la Congregación para la Doctrina de la Fe –acusaciones que más tarde se resolvieron felizmente–» (p. 130). El Cardenal se debe estar refiriendo a la gestación de la Declaración *Dominus Iesus* de la Congregación para la Doctrina de la Fe (6.VIII.2000) y a la nota sobre el libro de Dupuis de enero del 2001. Parece demasiado apasionado calificar a estos documentos como «acusaciones lanzadas por la Congregación para la Doctrina de la fe». (Nótese que el Cardenal muere el 13 de marzo del año 2004).

Algo parecido sucede con las alusiones que se dedican al Opus Dei (pp. 57-61). El Cardenal comienza diciendo: «Siempre he sido partidario del término medio», como si estuviese buscando no la verdad, sino un prudente centro para llevar a cabo un cómodo diálogo. A continuación, junto a verdaderas muestras de cariño al Opus Dei, se yuxtaponen algunas reticencias, que parecen generalizaciones inmotivadas, como, p.e., ésta: «Otra razón por la que muchos católicos se sienten incómodos con el Opus Dei es que muchos de sus miembros ocupan puestos destacados en la política, la economía, y en la producción de armamento, donde la eficiencia es imperiosa. Siempre hay un cierto peligro de que esas personas hagan demasiado hincapié en el rendimiento en la dimensión religiosa de su vida, y eso puede llevar fácilmente a la tensión con aquellos católicos para los cuales una mentalidad centrada en el rendimiento es completamente extraña y la consideran poco atractiva e incluso “anti-cristiana”. El énfasis excesivo en la excelencia produce la impresión de elitismo» (p. 60).

Naturalmente que no hay nada en la vida del hombre que esté exento de peligros. Pero esto no justifica estas generalizaciones que parecen decir que es

peligroso buscar la perfección en el propio trabajo, ya que esto puede dar «la impresión de elitismo». Los lectores de «Scripta Theologica» pueden comparar estas páginas con el artículo que el Cardenal publicó en nuestra Revista en 1981, titulado «Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Un hombre a medida de la Iglesia» (*ScrTh* 13 [1981] 405-409), que comienza así: «Desde el primer momento, he considerado un arriesgado privilegio la invitación a encabezar las colaboraciones de este número especial de *Scripta Theologica*, dedicado a la persona y al pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer, con ocasión del 50º aniversario de la fundación del Opus Dei», y que concluye así: «Sólo por haber fundado el Opus Dei –abriendo los caminos de la santidad a los hombres, dentro del círculo de su cotidiano quehacer–, hemos contraído una gran deuda de gratitud con Mons. Escrivá de Balaguer».

Quizás el problema esté en que el Cardenal König no pudo dar una última lectura a estas páginas, o quizás radique en la técnica que se ha utilizado, poniendo en boca del Cardenal en estilo directo, como si fuesen perfectamente textuales, frases que debían haberse puesto en estilo indirecto. A este respecto hay que decir que la edición española debía haber incluido el prefacio de Annemarie Fenzl, presente en la edición inglesa, en el que se dice que el libro comenzó como un «libro-entrevista» cuya gestación fue interrumpida por la muerte del Cardenal, y que la autora terminó no en forma de entrevista, sino como un texto continuo en primera persona, pero «sin hacer demasiados recortes o cambios» y «con el esfuerzo por ser fiel al pensamiento del Cardenal». Por esta razón, el lector no puede menos de plantearse la pregunta sobre cuándo está leyendo realmente lo que

decía el Cardenal König y cuándo se trata de una interpretación.

Lucas Francisco Mateo-Seco

George HUNSINGER, *The Eucharist and Ecumenism*, Cambridge University Press, Cambridge 2008, 350 pp., 22 x 14, ISBN 978-0-521-71917-9.

El autor es profesor de teología sistemática en el *Princeton Theological Seminary* y especialista en la obra de Karl Barth. Como el mismo teólogo presbiteriano indica en la introducción, pretende elaborar un desarrollo teológico «no sólo con Barth y por medio de Barth, sino también más allá de él y contra él mismo» (p. 15). A partir de su propia postura reformada, pretende sin embargo establecer un acercamiento ecuménico y elaborar una postura «más cercana a las enseñanzas de la Iglesia católica-romana y de la ortodoxa oriental» (p. 11). En este sentido, el mismo título del libro resulta significativo. Sin embargo —como intentaremos ir viendo a lo largo de estas líneas—, el acercamiento será peculiar y selectivo, pues algunos temas los interpreta según su propio modo de ver y sin tener demasiado en cuenta los diálogos ecuménicos —oficiales u oficiosos— sobre el tema. Incluso en algunos puntos no coincidirá de modo cabal con el punto de vista reformado sobre la Eucaristía o el ministerio eclesial, lo cual denota una acentuada sensibilidad ecuménica por parte del autor.

En lo que se refiere a la cuestión del sacrificio, expresamente rechazada en un principio por Lutero y la tradición reformada, hace eco del entendimiento teológico al que se ha llegado en los últimos años. En concreto, la crítica protestante a la falsa concepción de la misa como repetición del sacrificio de Cris-

to ha sido convenientemente explicada no sólo por la noción tridentina de *repraesentatio*, sino también por la misma teología del memorial desarrollada sobre todo en ámbito católico (Casel, Tillard, Thurian, Pannenberg o Wenz serían algunos casos claros en este sentido). Hunsinger tiene en cuenta a su vez la doctrina de Trento —vista casi de modo exclusivo a través de Power— y Tomás de Aquino, aunque desde luego su adhesión a la doctrina católica no es total ni incondicional (cfr. pp. 117-119, 123). Al mismo tiempo, no puede obviar la dura crítica que Lutero hace a la noción de sacrificio aplicado a la celebración de la Cena (cfr. pp. 135-136). Alude por tanto el autor a la teología de la Eucaristía entendida como *anamnesis* de la pascua del Señor, a partir de las afirmaciones del Crisóstomo y de los más recientes desarrollos de Warfield, Torrance y Thurian (cfr. pp. 139-145, 176-179). En este punto, parece que el entendimiento ecuménico resulta firme.

Aborda de igual modo la cuestión de la presencia real y se acerca a la noción de transustanciación propuesta por Tomás de Aquino (cfr. pp. 23-28), aunque curiosamente no hace mención aquí a los términos ni a las matizaciones al respecto con las que se expresa Trento. Expone también con claridad y concisión la doctrina de la presencia real —en analogía con la doctrina de la encarnación—, tal como la explican Lutero y Calvino (cfr. pp. 28-34, 34-39). Sin embargo, donde se detiene con especial interés es en la doctrina de la transelementación, formulada por Vermigli. «Sin perder la distinción reformada referida a la presencia local, propuso una nueva noción de *conversio*, tan importante en el Aquinate, y la idea de participación, vital en Lutero, las cuales deben ser ambas combinadas» (p. 39). Se